

Clepsidra

Lucas Demarco *

Bien podría ser éste el nombre de una de las ciudades de Calvino, pero no. “¿Habría algo más bello que una clepsidra?”, dijo.

Esta frase, que aún reverbera, me retrotrae a las horas de literatura del último año del secundario en el Colegio Nacional.

Los encuentros se desarrollaban bajo un paradigma claramente tradicional; el debate se estimulaba poco, el docente ocupaba un lugar central, había que escucharlo y tomar apuntes, y si bien es cierto que corrían los años del furor de la recuperación democrática con la escuela en estado de debate y que sonaban Joan Manuel Serrat y Mercedes Sosa en los recreos, como alumnos éramos dóciles, maleables, dispuestos. No obstante, el espacio que se abría cada martes y cada jueves en las clases de literatura era esperado, contenía.

Recuerdo la clase en que se invitó a un rabino con quien intentamos capturar algo de las ideas borgeanas de “El Golem”, o el día en que la profesora desplegó un trabajo de los alumnos del Bachillerato de Bellas Artes sobre “Casa tomada” que mostraba a través de dibujos en planta el avance silencioso y anónimo en la vivienda. Me impactó mucho. Pero un día, se habló de la clepsidra.

Me preguntaba qué forma tendría, cuáles serían sus mecanismos, sus juegos de encastre y relojería. Creo que recuperé su significado cuando me propusieron compartir una experiencia de escritura en las clases de geografía.

La literatura siempre acompañó; “Bon hombre”, “La niña que iluminó la noche”, “El gigante egoísta”, fueron algunos de los cuentos que me leían, otros se inventaban. Los libros siempre circularon en casa, y ahora,

* Lucas Demarco es Profesor en Geografía, egresado de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE) de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Docente del nivel medio en escuelas de la provincia de Buenos Aires y en los colegios de la UNLP. Adscripto a la cátedra “Planificación Didáctica y Prácticas de la Enseñanza en Geografía”, FaHCE, UNLP. Integra el Proyecto de Investigación “Prácticas de la enseñanza universitaria en los cursos de ingreso y en materias del primer año en las carreras de Geografía y Letras”, FaHCE, UNLP.

como docente, recupero este espacio en el que abordo el conocimiento disciplinar desde la lectura de textos ficcionales, intentando una escritura creativa con los alumnos que despierte el lenguaje de lo propio.

Actualmente, formar parte de un equipo de investigación integrado también por gente de Letras, me permite teorizar sobre el trabajo de la escritura en el aula, encontrarle sentido.

Siempre me pareció que más allá del gusto que siento por abordar con los alumnos cuestiones donde lo espacial esté bajo el foco y desde ahí desentrañar la red que conforman los actores sociales en conflicto sobre este soporte material y simbólico, los contenidos específicos deberían entenderse casi como excusa, como un medio para el despliegue de cuestiones tan vertebrales como la escritura.

La escritura creativa, individual y grupal, puede abrirnos canales en las clases para sensibilizarnos, para volvernos más observadores, más agudos, más críticos, más sutiles. Generar ámbitos de contención afectiva y de encuentro con los otros en este tipo de emprendimiento en el aula otorga mayor autonomía y vuelo en la escritura.

En relación a este tema, Paola Iturrioz (2006: 87) expresa que “el acto de la escritura es un acto de *‘reescritura’* en el sentido que nunca escribimos desde *‘la nada’*, sino que escribimos a partir de los saberes que tenemos, (...), dicho de otra manera, escribimos poniendo en juego las lecturas por las que hemos transitado. La investigadora Elsie Rockwell utiliza la categoría de *‘apropiación’* para mostrar la diversidad de usos, desvíos, y reelaboraciones de la cultura que hacen las personas en la instancia de la escritura”.

He encontrado en el discurso de Mijail Bajtín un cuerpo conceptual que respalde y dé sentido a mi práctica en el aula. “Para él la lengua es un hecho social y como tal no puede ser explicada bajo criterios puramente gramaticales (...) Su perspectiva sociocultural sostiene que puede haber tantos géneros discursivos como usos posibles de la lengua y que unos géneros absorben a otros” [1].

Relataré una experiencia de escritura creativa llevada a cabo en el marco de los talleres optativos de 6º año del Liceo Víctor Mercante dentro de la Orientación en Ciencias Sociales, durante los años 2007 y 2008.

Los colegios de la universidad siempre han sido laboratorios propicios para ensayar el tipo de experiencias que trascienden el encuadre más convencional de las clases de geografía en las cuales habitualmente se despliegan mapas y globos terráqueos, cordones montañosos de cumbres nevadas, ríos lentos de llanura y torrentosos de montaña, tundras heladas, selvas tropicales, ciudades que crecen exponencialmente,

hervideros humanos, lo descriptivo como fin en sí mismo y la ausencia de conflicto, de fractura, de grises, de opacidad.

El espacio disciplinar en cuestión lleva el nombre de “*La ciudad de la ciudad*” y ha sido pensado para abordar el fenómeno urbano en sus múltiples dimensiones; la literatura es una de ellas, y junto con el cine, nos permite un tratamiento transversal del objeto de estudio y un acercamiento al hecho artístico.

Trabajar bajo la modalidad de taller supone una construcción colectiva del aprendizaje y del conocimiento; abrir canales de invención y experimentación, ofrecer la posibilidad del descentramiento, salirse del lugar habitual para adoptar otros puntos de vista y, en nuestro caso, promover la producción de textos individuales y grupales, leídos y comentados por todos.

Recordemos que la modalidad taller se inicia en América Latina hacia los ´80. “Se reivindicaba, en esta propuesta, el trabajo con la lengua a través de la escritura; pero no se trataba ya de un trabajo sistemático, vinculado a una metodología de enseñanza, sino de una exploración más libre y lúdica de los recursos lingüísticos (...) Cuando decimos ‘enseñanza de la escritura’ nos estamos refiriendo a la experimentación y la manipulación del lenguaje escrito con fines creativos” [2].

La propuesta innovadora del trabajo en el taller se relaciona asimismo con la “pedagogía del texto libre” o de la “libre expresión” iniciada en la década de 1920 en Francia con Célestin Freinet y que llega a América Latina en las décadas del ´60 y el ´70; Luis Iglesias ha sido en nuestra región el exponente más significativo de esta radicalizada línea de la llamada Nueva Escuela. “El texto libre se trata de técnicas destinadas a subvertir la pedagogía oficial y los modos tradicionales de escribir” [3].

La libre escritura promueve situaciones de múltiple resolución a partir de una misma consigna e involucra, por otro lado, un trabajo sostenido con la reescritura a través de la sustitución, ampliación o expansión, reducción y movimiento de elementos en el texto.

Hacer de la escritura en el taller una instancia posible nos habilita un deambular algo errante, algo alerta por distintos imaginarios.

Según Kieran Egan (2005: 66), “la empobrecida visión empirista de la ciencia ha desperdiciado la autoridad de la imaginación para promover en la educación un tipo de pensamiento lógico restringido a expensas de las formas de pensamiento que aparecen ante nosotros con mayor claridad. La imaginación ha sido

desterrada a las vías marginales de la educación. La imaginación deja más libertad para alcanzar el universo del conocimiento”.

Pues bien, la literatura en el taller. Leer, imaginar, escribir y reescribir la ciudad desde imaginarios posibles.

Se trabaja con *Las ciudades invisibles* de Ítalo Calvino, (Santiago de Cuba, 1923 – Siena, 1985), cuando Marco Polo relata a Kublai Kan sobre las ciudades de su dominio que el emperador desconoce. Se van sucediendo así ciudades microscópicas, ciudades telaraña o bidimensionales, en un compendio que evoca no sólo la idea atemporal de la ciudad, sino que desarrolla, de manera a veces implícita y otras explícita, una discusión sobre la ciudad moderna. Al momento de su primera publicación en 1972, Calvino está incorporando a su obra elementos disciplinares de la geografía, de las ciencias de la naturaleza, de la sociología.

Esta impronta en la obra del escritor nos ha permitido, por un lado, el contacto con una literatura que moviliza, que despierta los sentidos, que humaniza; y por el otro, un acercamiento al estudio del objeto ciudad como obra de arte inacabada del devenir histórico social.

La ciudad se conoce desde el imaginario, desde la experiencia y desde el discurso. Puede ser imaginada porque existe materialmente y porque existe en el discurso.

El trabajo en el aula se inicia con la lectura de uno de esos relatos de Marco Polo al Kublai Kan para transitar la escritura de Calvino y poder luego abordar la escritura de los alumnos.

“La ciudad de Leonia se rehace a sí misma todos los días: cada mañana la población se despierta entre sábanas frescas, se lava con jabones recién sacados de su envoltorio, se pone batas flamantes, extrae del refrigerador más perfeccionado latas todavía sin abrir, escuchando los últimos sonnetes del último modelo de radio.

En las aceras, envueltos en tersas bolsas de plástico, los restos de Leonia de ayer esperan el carro de la basura. No sólo tubos de dentífrico aplastados, bombillas fundidas, periódicos, envases, materiales de embalaje, sino también calderas, enciclopedias, pianos, servicios de porcelana: más que de las cosas que cada día se fabrican venden compran, la opulencia de Leonia se mide por las cosas que cada día se tiran para ceder su lugar a las nuevas. Tanto que uno se pregunta si la verdadera pasión de Leonia es en realidad, como dicen, gozar de las cosas nuevas y diferentes, y no más bien expulsar, apartar, purgarse de una recurrente impureza. Cierto es que los basureros son acogidos como ángeles y que su tarea de retirar los restos de la existencia de ayer se rodea de un

respeto silencioso, como un rito que inspira devoción, o tal vez sólo porque una vez desechadas las cosas, nadie quiere tener que pensar más en ellas.

Dónde llevan cada día su carga los basureros, nadie se lo pregunta: fuera de la ciudad, está claro; pero de año en año se expande y los vertederos deben retroceder más lejos; la importancia de los desperdicios aumenta y las pilas se levantan, se estratifican, se despliegan en un perímetro cada vez más vasto. Añádase que cuanto más sobresale Leonia en la fabricación de nuevos materiales, más mejora la sustancia de los detritos, más resisten al tiempo, a las intemperies, a fermentaciones y combustiones. Es una fortaleza de desperdicios indestructibles que la circunda a Leonia, la domina por todos lados como un circo de montañas.

El resultado es éste: que cuantas más cosas expelle Leonia, más acumula; las escamas de su pasado se sueldan en una coraza que no se puede quitar; renovándose cada día la ciudad se conserva a sí misma en la única forma definitiva: la de los desperdicios de ayer que se amontonan sobre los desperdicios de anteayer y de todos sus días y años y lustros.

Los desperdicios de Leonia poco a poco invadirían el mundo si en el inmenso vertedero no estuvieran presionando, más allá de la última cresta, vertederos de otras ciudades que también apartan lejos de sí montañas de desechos. Tal vez el mundo entero, traspasados los confines de Leonia, esté cubierto de cráteres de basuras en interrumpida erupción, cada uno con una metrópoli en el centro. Los límites entre las ciudades extranjeras y enemigas son bastiones infectos donde los detritos de una y otra se apuntalan recíprocamente, se amenazan, se mezclan.

Cuanto más aumenta la altura, más inminente es el peligro de derrumbes: basta que un envase, un viejo neumático, una botella sin su cubierta de paja ruede del lado de Leonia, para que un alud de zapatos desaparejados, calendarios de años anteriores, flores secas, sumerja la ciudad en el propio pasado que en vano trataba de rechazar, mezclado con el de las ciudades limítrofes finalmente limpias: un cataclismo nivelará la sórdida cadena montañosa, borraré toda traza de la metrópoli siempre vestida con ropa nueva. En las ciudades vecinas ya están listos los rodillos compresores para nivelar el suelo, extenderse en el nuevo territorio, agrandarse, alejar los nuevos vertederos”.

Qué oportunidad por demás atractiva ofrece Calvino al presentar a Leonia dentro del apartado *Las ciudades continuas*. Se trata de una configuración de ciudad de la globalización, ciudad posindustrial por lo que consume y lo que desecha, que avanza en anillos de detritos y residuos hasta tocarse con otras urbes vecinas, ciudad que ha exacerbado el consumo desenfrenado y el individualismo a costa de una aguda fragmentación social. Ese reinventarse de la ciudad luego del trabajo de los rodillos compresores bien puede remitirnos a las fases de expansión y retracción de la dinámica capitalista, a la retroalimentación del sistema, a su autodestrucción, al resurgimiento de sus propias cenizas, a su comportamiento pendular.

Dos fueron los “*itinerarios urbano ficcionales*” que se propusieron.

El *primer itinerario* tuvo que ver con la elaboración de un relato “a la manera de los de Marco Polo”, partiendo de las primeras líneas extraídas textualmente de algunas de las ciudades invisibles. El primer alumno que tomaba contacto con el texto agregaba una frase de su autoría que trasladaba a un compañero quien, a su vez, agregaba un fragmento más, también de su autoría, a partir de la última frase escrita. Luego, esa producción que comenzaba a construirse, era recibida por otro de los alumnos hasta que todos hubieran podido agregarle un fragmento.

De esta manera, se crearon cinco o seis relatos en los que participaron la totalidad de alumnos del taller en una verdadera creación colectiva.

Éstos son algunos tramos de las producciones grupales obtenidas:

“En Fíldes las conexiones son infinitas, entrelazadas con hilos que vibran al compás del viento...la presencia del viento arrastra la ilusión de los individuos y la transforma en algo colectivo, en un estandarte de la ciudad...”

Este fragmento nos propone un narrador – observador distanciado; en la brevedad están los habitantes como parte de la descripción. En este caso, la ciudad se constituye, se hace a sí misma con personas.

Desde lo disciplinar podría significarse el hecho de una construcción con conexiones infinitas (tiempos de globalización) y una posible transición que vira del individualismo a una construcción colectiva devenida en estandarte (pensemos, por ejemplo, en la América Latina actual).

“Octavia es enredada, enmarañada y viscosa. Sus calles forman un gran dibujo cuando se la ve desde el cielo: una enorme telaraña compleja, pero definitivamente ordenada, radiocéntrica”

En esta ciudad no hay personas. La mirada se concentra en la organización del espacio a través de la metáfora de la telaraña, aparentemente caótica, aunque la voz le confiere un saber disciplinar: la telaraña es un ejemplo de perfecta geometría.

A los efectos de nuestro taller, una es la ciudad que caminamos indiferentes, repitiendo hasta el cansancio circuitos que planificaron por nosotros, otra es la ciudad que estudiamos bajo la lupa, en perspectiva, reconociéndonos en ella como actores clave, como sus artífices.

“En Zenobia todo parece estar fundado en la no cordura, en el maltrato”

“En Esmeraldina, ¿por qué los querrán detener? No está mal vivir la vida un poco acelerados. Ese vivir a toda velocidad aproximaba los fines...”

En los textos de Zenobia y Esmeraldina el inicio orienta toda la significación y la abre: ¿cómo serán sus calles?, ¿quiénes serán los actores?, ¿hacia qué fines nos conduce la velocidad de la vida urbana?, ¿cómo se vive en una ciudad fundada en la no cordura?

El *segundo itinerario* transitó por un trabajo de escritura en grupos. Aporté una lista con los nombres de las ciudades propuestos por Calvino y algunos conceptos objeto que resuenan en la obra: telarañas, catalejos, anteojos, sogas, paraguas, alfileres, charcos, relojes, alfombras, mapas, etc. Cada grupo debía tomar uno de esos nombres y “hacer aparecer” en el relato de la ciudad algunos de esos conceptos objeto ofrecidos.

Veamos algunos tramos de las producciones obtenidas:

“Al llegar nos encontramos nada más que con una llanura ventosa y desértica. Pensamos que podría ser una ciudad oculta. Pero al dirigir nuestra mirada hacia arriba vimos los cimientos de la polis flotante. Cloe, ciudad laberíntica, de vidrio”.

“Sobre Cloe, la ciudad de los muertos...depende cómo vean los ojos, un cementerio puede ser el surgimiento de la vida”

En el primer caso, el “nosotros” del trabajo en equipo se proyecta en el texto; la ciudad no dicha, no tangible que se hace cuerpo al alzar las miradas...una ciudad etérea, transparente y compleja. La ciudad se nos ofrece como polis, como espacio que nos convoca, que se hace a sí misma desde la participación activa, desde el nosotros, desde el debate.

En el caso del texto sobre Cloe, estamos ante un exquisito mecanismo de complejidad narrativa, una metáfora construida desde la antítesis: el cementerio y la vida entrelazados. ¿Quiénes son esos muertos?, ¿qué ojos son los que observan?, ¿qué ciudades habitan?, ¿por qué la idea del resurgir?

¿Cómo abordar e interpretar la escritura de nuestros alumnos?

Recupero entonces las voces de Bajtín y de Alvarado al hablarnos de la lengua como hecho sociocultural y de los procesos de reelaboración permanente al escribir: “Hablamos de experiencia cultural y esto implica lecturas, vivencias y formas de pensar que fueron construyéndose a lo largo del tiempo. Saberes culturales que provienen de la experiencia inmediata o de los objetos estéticos que los adolescentes frecuentan y que aparecen en estas narraciones, a través de cruces culturales y ricas apropiaciones lingüísticas. Ficciones que, además, rescriben esas experiencias culturales en una toma de posición frente a la realidad social si se quiere política e ideológica. Reescribir la cultura en la escritura” [4]. Me hago eco de estas ideas de Paola Iturrioz.

Los textos de Calvino posibilitaron una doble tarea: por un lado, un proceso de lectura e interpretación y por el otro, un trabajo de escritura y reescritura que motivó también una instancia de análisis y reflexión sobre contenidos disciplinares a los que ya hemos hecho referencia.

Sabemos que el abordaje de la escritura en la educación media no ha sido ni es una instancia significativa en el trabajo áulico de las distintas asignaturas; no nos han enseñado a escribir, a complejizar, a soltar la pluma.

Cuando durante la formación secundaria no ha habido un espacio y un tiempo para escribir con autonomía, ese aprendizaje y adecuación en el ámbito académico se transforma en un campo ríspido y desolador que es muy difícil transitar. “Toda vez que un alumno elabora un trabajo para la universidad, cada palabra que escribe representa un encuentro, probablemente una lucha, entre sus múltiples experiencias pasadas y los requerimientos del nuevo contexto” (Aitchinson, Ivanic y Weldon: 1994) [5].

La idea de lucha va mucho más allá que la de tensión cuando del conocimiento se trata. Mientras que la tensión puede movilizarnos intelectual y creativamente, la lucha dibuja un escenario de choque, destrucción y abandono.

Mi trabajo en el nivel medio busca preparar el terreno, ablandarlo, airearlo. Convertir la escritura en un contenido permanente de nuestras clases. Hacer que el lenguaje naturalizado pueda ser analizado en perspectiva y se desestructure, que lo ajeno vaya acercándonos a lo propio.

La literatura me permite esta construcción.

Corre el último hilo de agua; el tiempo se agota.

Notas

- [1] Iturrioz, Paola (2006): *Lenguas propias – lenguas ajenas. Conflictos en la enseñanza de la lengua*. Buenos Aires, Libros del Zorzal, pp. 70-71.
- [2] Alvarado, Maite (2001): *Entre líneas. Teorías y enfoques en la enseñanza de la escritura, la gramática y la literatura*. Buenos Aires, FLACSO Manantial.
- [3] Alvarado, Maite; op.cit.
- [4] Iturrioz, Paola; op.cit. pp. 87-88.
- [5] En Carlino, Paula (2009): *Escribir, leer y aprender en la universidad. Una introducción a la alfabetización académica*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, p.21.

Bibliografía

- Alvarado, Maite (coordinadora) (2001): *Entre líneas. Teorías y enfoques de la enseñanza de la escritura, la gramática y la literatura*. Buenos Aires, FLACSO Manantial.
- Calvino, Ítalo (2000): *Las ciudades invisibles*, Madrid, Ediciones Siruela.
- Carlino, Paula (2009): *Escribir, leer y aprender en la universidad. Una introducción a la alfabetización académica*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Egan, Kieran (1994): *Fantasia e imaginación: su poder en la enseñanza*. Madrid, Ediciones Marota.
- Egan, Kieran (2005): “¿Empezar desde lo que el alumno sabe o desde lo que el alumno puede imaginar?”. *Lulú Coquette. Revista de Didáctica de la Lengua y la Literatura*. Año 3, Nro. 3, noviembre, Buenos Aires, El Hacedor- Jorge Baudino Editores, pp. 64-69.
- Iturrioz, Paola (2006): *Lenguas propias – lenguas ajenas. Conflictos en la enseñanza de la lengua*. Buenos Aires, Libros del Zorzal.
- Rockwell, Elsie (2005): “La lectura como práctica cultural: conceptos para el estudio de los libros escolares”. *Lulú Coquette. Revista Didáctica de la Lengua y la Literatura*. Año 3, Nro. 3, noviembre. Buenos Aires, El Hacedor – Jorge Baudino Editores, pp. 12-31.